

los sitios de donde los indios obtenían el oro, aunque recogieron poco metal, dieron los mas lisonjeros informes de la riqueza del país y del afectuoso recibimiento que les habían hecho en todas las provincias. Dijeron que el oro lo recogían los nativos en los cauces de los rios; pero que el país abundaba en minas del mismo metal.

Deseando Hernan Cortés asegurar sólidamente el vasallaje prestado por el monarca azteca y los grandes señores del reino, manifestó á Moctezuma lo agradable que le sería al rey de España recibir una prueba inequívoca del cariño de sus nuevos súbditos. Le dijo que, reconocido como estaba ya el dominio del monarca de Castilla por los países de Anáhuac, juzgaba oportuno que los jefes aztecas le enviasen un presente de oro y plata que patentizase su lealtad, con lo cual se atraerian mas y mas el aprecio de su soberano. Le refirió que éste agradecería mucho el obsequio, porque necesitaba precisamente oro para dar cima á varias obras notables que había emprendido, y que esperaba que el mismo Moctezuma diera el ejemplo de su magnificencia régia (1).

(1) «Y le dije que Vuestra Majestad tenía necesidad de oro para ciertas obras que mandaba hacer, y que así le rogaba que enviase algunas personas de los suyos, y que yo enviaria asimismo algunos españoles por las tierras y casas de aquellos señores que allí se habían ofrecido, á les rogar que de lo que ellos tenían, sirviesen á Vuestra Majestad con alguna parte; porque demás de la necesidad que Vuestra Alteza tenía, parecería que ellos comenzaban á servir, y tendría Vuestra Alteza mas concepto de las voluntades que á su servicio mostraban, y que él asimismo me diese de lo que tenía, porque lo quería enviar, como el oro y las otras cosas que había enviado á Vuestra Majestad con los mensajeros.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

El monarca azteca creyó justa la observacion de Cortés. No queriendo retardar ni un momento lo que solicitaba, envió á sus colectores, acompañados de algunos españoles, por las principales provincias y ciudades á recoger el tributo de costumbre en nombre del soberano de Castilla. El pago del tributo se hacia siempre con la mayor puntualidad. Los recaudadores llevaban los libros de escrito-pintura en que constaban, con la mayor exactitud, los cobros que se tenían que hacer. Los señores de las provincias se esmeraron en cumplir las órdenes recibidas de su soberano; y los castellanos enviados con los empleados régios se presentaron al cabo de tres semanas á Cortés, llevando gran cantidad de oro y plata, telas de algodón, mosaicos de plumas y otros varios efectos en que había costumbre de pagar el tributo. Moctezuma, desprendido y generoso, agregó, por su parte, el tesoro de su padre Axayacatl, que lo conservaba, como se ha dicho, en la pieza que descubrieron los españoles. Aquellas riquezas habían sido atesoradas con indecible afán. Eran los brillantes despojos adquiridos por aquel belicoso rey en sus conquistas, y el producto de los onerosos tributos de los pueblos sojuzgados. Es imposible que jamás se imaginase, al guardarlas, el extraño destino que les estaba reservado.

Moctezuma, al hablar de los tesoros de su padre, se manifestó agradecido de que los hubiesen respetado. «Bien sé, dijo á Hernan Cortés, que descubristeis, por casualidad, la pieza en que estaban, y que volvisteis á cerrar la puerta de la manera misma que la encontrasteis» (1).

(1) «Bien sé que luego que aquí venistes, abristes la casa y lo vistes é mi-

Luego llamó á sus mayordomos para que abriesen la pieza y entregasen la riqueza que en ella habia (1). El tesoro se hallaba intacto como antes de la llegada de los españoles. No faltaba ni una sola joya. La puerta no se habia vuelto á abrir hasta entonces.

Las palabras del emperador azteca vienen á probar que se han equivocado los escritores que han referido algunas curiosas anécdotas acaecidas entre soldados españoles y Moctezuma, referentes al tesoro. Todas basan en dar por hecho que algunos soldados españoles habian vuelto á abrir clandestinamente la pieza en que estaban las alhajas y extraído algunas de ellas, á pesar de las órdenes de Cortés. Como la base parte de un principio falso, nada queda de ellas mas que la buena forma con que han sido referidas por los que las publicaron juzgándolas ciertas (2).

rastes todo, y la tornastes á cerrar como antes estaba.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

(1) «Luego en aquella hora envió Montezuma sus mayordomos para entregar todo el tesoro de oro y riqueza que estaba en aquella sala encalada.»—Bernal Diaz del Castillo.

(2) Hé aquí algunas de esas anécdotas. «Un soldado robó algunas piezas de oro del tesoro guardado en el aposento, que despues de la llegada de Moctezuma á los cuarteles españoles se habia vuelto á abrir. Cortés le hubiera castigado severamente; pero interponiéndose el emperador, le dijo: «Pueden vuestros compatriotas tomar el oro y demás cosas que gusten, respetando solamente lo perteneciente á los dioses». Algunos soldados, aprovechándose de este permiso, llevaron á sus cuarteles centenares de cargas de fino algodón; y cuando se le manifestó á Moctezuma, solo contestó: «*lo que una vez doy, jamás vuelvo á tomarlo*». Si estas anécdotas referidas por Gómara y admitidas por Prescott y otros escritores fueran ciertas, Moctezuma se hubiera ahorrado de decir á Cortés, como cosa que éste le ocultaba, que sabia que habian abierto el cuarto

Moctezuma entregó á Hernan Cortés el tesoro referido y todo lo que habian enviado los señores de las provincias. Formaban los objetos reunidos tres montones bastante considerables. Eran hojas de oro y plata, oro en polvo y en grano, ricas joyas del mismo metal, piedras preciosas, ricos adornos, y un número considerable de curiosos dijes de oro y plata, figurando mariposas, aves, peces, insectos y diversidad de flores. No eran menos numerosos los brazaletes, las cadenas, los collares, los abanicos y las guirnaldas de oro, pluma y pedrería. El mérito artístico de la mayor parte de los ricos objetos presentados excedia á toda ponderacion. Hernan Cortés, admirando el exquisito trabajo de algunas delicadas alhajas, las separó para regalo del emperador Cárlos V. En la descripcion que de ellas hace, califica el trabajo de «maravilloso», y dice que, «consideradas por su novedad y extrañeza, no tenían precio, ni podia vanagloriarse ningun monarca del mundo de poseer joyas que pudieran rivalizar con ellas (1).

No obstante la magnificencia del regalo, Moctezuma manifestó pena de no poder enviar un presente mayor al monarca de España. Dijo á Cortés y á sus capitanes, que

volviéndolo á cerrar. Si les hubiese dado á los soldados el permiso de coger el oro y demás cosas que gustasen, no hubiera podido asegurar á Cortés que le iba á dar los tesoros de su padre, ni hubiera llamado á sus mayordomos para que abriesen la puerta y los entregaran, pues debia suponerse que ésta se hallaba abierta y que las joyas no existian ya en la pieza.

(1) «Las cuales, demás de su valor, eran tales y tan maravillosas, que consideradas por su novedad y extrañeza, no tenían precio, ni es de creer que alguno de todos los principes del mundo de quien se tiene noticia, las pudiese tener tales y de tal calidad.»—Segunda carta de Cortés á Cárlos V.

por la prontitud con que se habia obrado para enviar el obsequio, no se habia podido adquirir mas oro. Les suplicó que hiciesen saber al soberano de Castilla el respeto y buena voluntad que le tenia, y agregó: «decidle en vuestras cartas, que es un recuerdo de cariño de su buen vasallo Moctezuma» (1).

Al tesoro heredado de su padre Axayacatl, añadió el monarca azteca parte de sus propias alhajas, diciendo «que eran pocas, porque habian disminuido con los anteriores presentes que les habia enviado» (2).

Aunque ya habian visto los españoles el tesoro de Axayacatl el dia que penetraron en la pieza en que estaba guardado, no lo habian analizado como en aquellos momentos en que lo contemplaban ya como de ellos. Veian realizados los dorados sueños que habian halagado su fantasía al lanzarse á buscar las auríferas regiones de un mundo desconocido. La regia munificencia de Moctezuma habia excedido los límites de la liberalidad; y sorprendidos de su generosidad y desprendimiento, se sintieron profundamente agradecidos, y se descubrieron con res-

(1) «Y cuando se lo enviáredes, decidle en vuestros anales y cartas: Esto os envia vuestro buen vasallo Montezuma.» — Bernal Diaz. *Historia de la Conquista*.

(2) Prescott hace pronunciar esas palabras á Moctezuma al entregar el tesoro de su padre, suponiendo que los regalos hechos á Cortés anteriormente habian sido tomados de allí. «A esto agregó Moctezuma por su parte, dice, el tesoro de Axayacatl, del cual habia ya dado una parte á los españoles». Pero claramente está demostrado por Bernal Diaz que se referia á sus propias joyas. «Y tambien yo le quiero dar de lo que tuviere, pone el soldado historiador, aunque es poco, porque todo él mas oro y joyas que tenia os he dado en veces.»

peto cuando dijo que iba á darles las riquezas de su padre (1).

Hernan Cortés se valió de los inteligentes plateros de Azcapozalco, para separar la plata y el oro que en muchas alhajas estaban formando caprichosas figuras. Muchos fueron los artífices llamados para ese solo objeto, y sin embargo, la operacion duró tres dias. Terminada la separacion, se fundieron los montones de oro y plata, reduciéndolos á barras que se marcaron con el sello real. Unicamente las alhajas de exquisito mérito por su trabajo se dejaron intactas para enviarlas al soberano de Castilla.

Reducidos á barras los ricos metales, se trató de repartir en todo el ejército el presente, despues de separar el quinto perteneciente á la corona.

Siendo desconocidos los pesos y balanzas entre los aztecas, y habiendo necesidad de pesar las barras para la distribucion de la cantidad correspondiente á cada individuo, según su grado, los españoles hicieron unas grandes balanzas y pesos, que sino de bello trabajo, como debe suponerse, sí de grande utilidad en aquellos momentos. Pesadas las ricas barras, resultó que la cantidad que de las de oro quedaba para el real quinto, perteneciente á la corona, ascendia, segun dice Hernan Cortés, á «treinta y dos mil cuatrocientos pesos de oro» (2). De las de plata,

(1) «Y cuando aquello le oyó Cortés y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Montezuma, y con mucho acato le quitamos todas las gorras de armas, y le dijimos que se lo teniamos en merced.» — Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

(2) «Que fundido todo lo que era para fundir, cupo á Vuestra Majestad del quinto, treinta y dos mil y cuatrocientos y tantos pesos de oro.» — Segunda carta de Cortés á Carlos V.

cuyo metal se cogia entonces muy poco, se apartó para el quinto del rey cien marcos; esto es, mil duros (1). En esta parte destinada á la corona no se incluía el valor de muchas y preciosas joyas de oro y plata, plumajes y pedrería, que ascendían «á cien mil ducados», que equivalían á cincuenta y cinco mil duros de la moneda actual (2).

La suma total referente á los objetos de oro y plata que constituían el verdadero tesoro de Moctezuma, incluso las joyas enviadas por los señores de las provincias, ascendía á un millon novecientos sesenta y tres mil quinientos duros (3).

(1) «Cupieron á Vuestra Alteza asimismo del quinto de la plata que se hizo, ciento y tantos marcos.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

(2) El ducado era una moneda de oro que se usó en España, cuyo valor era de once reales y un maravedí.

Prescott, creyendo que Cortés habla únicamente del quinto, hace subir el valor de esas alhajas que no se pesaron, á «quinientos mil ducados.» Pero Cortés dice expresamente que «todas las joyas de oro y plata y plumajes y piedras y otras muchas cosas de valor, que para V. S. M. yo asigné y aparté, que podrían valer cien mil ducados y mas suma.» Estas palabras dejan ver claramente que no era el quinto, sino el todo lo que separó para el rey.

(3) El oro que se pesó, según resulta del quinto que se separó para la corona, ascendía todo, á ciento sesenta y dos mil pesos de oro. El peso de oro equivalía á once duros y quince reales, que hace la suma de un millon novecientos tres mil quinientos duros. El quinto de la plata separada ascendía á cien marcos ó sea á quinientos toda ella, que importan, á diez duros marco, cinco mil duros. El valor de las joyas separadas para el rey, en las cuales no hubo quinto, era, como he dicho, de cien mil ducados, ó sean cincuenta y cinco mil duros. Resulta, pues, de todas estas cantidades reunidas, un millon novecientos sesenta y tres mil quinientos duros. Prescott dice que, «considerando el cambio que ha sufrido el valor del oro desde el principio del siglo décimosexto, equivaldrían actualmente á «seis millones, trescientos mil pesos.» Pero si cierto es que la plata y el oro valían mas, también es cierto que los artículos de arte,

Esta cantidad que, aunque importante, no llamaría hoy la atención, pues hay muchísimos particulares que cuentan con mayores sumas, era entonces respetable. Aun parecerá actualmente mucho menor, cuando se sabe que aquel bello país es el más rico que se conoce en minas de oro y plata. Pero es preciso tener presente que el laborio de esas minas y el beneficio de sus metales han sido obra de la conquista, pues eran desconocidos por los aztecas. Antes de la llegada de los españoles, la cantidad de plata que se extraía era insignificante, á causa de los insuficientes medios que empleaban los nativos para sacarla. Desconociendo el beneficio por azogue, y consistiendo las fundiciones en braseritos de barro, sin otro soplo que el de un aventador hecho de petate, no podían sacar provecho de los preciosos metales en que abundaba el país; y la plata que labraban era, ó de exuberantes minerales

tenían un valor cuádruple que el actual. Siendo, pues, todo relativo, debemos atenernos á presentar la cantidad que realmente fué. Bernal Diaz, al hablar de las barras de oro que se pesaron, dice que su valor era de «mas de seiscientos mil pesos». Prescott cree que habla de pesos de oro; pero no lo especifica Bernal Diaz, lo cual hace creer que habla de pesos de plata; y se afirma uno en esta idea cuando tratando, mas tarde, de hacer burla de los soldados de Pánfilo de Narvaez, que creían apoderarse de todo lo que Moctezuma había dado, dice: «¡Oh, á qué buen tiempo hemos venido, que tiene allegado este traidor de Cortés mas de setecientos mil pesos de oro, y todos seremos ricos.» No solo agrega para burlarse de los delirios de sus contrarios, cien mil pesos mas, sino que añade la palabra de *pesos de oro*. Sin embargo, la cantidad puesta por Bernal Diaz está muy lejos de la exactitud. Si se refiere á pesos de plata, es dos terceras partes menos que la recibida. Si habla, que no es de creerse, de pesos de oro, la hace notablemente mayor. La suma presentada por Cortés es la cierta, pues estaba revisada por el tesorero del rey y los testigos; tenía que dar cuenta exacta, en su carta al monarca, del quinto perteneciente á la corona, y no era posible el mas ligero fraude.

que se fundian casi sin esfuerzo, ó del que se hallaba en estado nativo. El oro, no exigiendo las combinaciones que la plata, y hallándose en estado de pureza, abundaba mas, pues lo recogian, en muy corta cantidad, en los rios, con bateas ó tazas, ó en las minas muy abundantes de metal (1). La riqueza mineral del país se hallaba, por decirlo así, virgen; encerrada en las entrañas de sus pintorescas montañas. Solo se recogia lo que se presentaba á flor de tierra ó marchaba en vistosos granos, arrastrado por las aguas, denunciando los inagotables tesoros de aquellas auríferas regiones.

Además de la cantidad dada en oro y plata por Moctezuma á Hernan Cortés para enviar al monarca de Castilla, habia en el regalo algunas curiosidades de gran mérito, que el soberano azteca dedicó particularmente para el rey de España.

Admirables fueron tambien las telas de algodón, tapices, colchas y tapetes de matizados colores que formaban otra parte del regalo. Nada podia compararse á la finura y delicadeza de su tejido, que superaba, segun asegura Hernan Cortés, á la suavidad de la seda (2).

Desde que los españoles habian pisado el Nuevo Mun-

(1) «Y les mostraron siete ú ocho rios, de donde dijeron que ellos sacaban el oro, y en su presencia lo sacaron los indios.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

(2) «Demás desto, me dió el dicho Moctezuma mucha ropa de la suya, que era tal, que considerada ser toda de algodón y sin seda, en todo el mundo no se podia hacer ni tejer otra tal, ni de tantas ni tan diversas y naturales colores ni labores; en que habia ropas de hombres y de mujeres muy maravillosas, y habia paramentos para camas, que hechos de seda no se podian comparar.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

do, era la primera vez que veian reunidas las joyas de oro y plata en la considerable cantidad que tenian delante de las ojos. Cierto es que aquella riqueza era muy inferior á la enorme que, mas tarde, encontraron los conquistadores en el Perú; pero no por eso dejó de ser respetable y digna de llamar la atencion, así por su valor intrínseco, como por el mérito artístico de muchas de sus joyas.

Dispuesta la distribucion, los soldados esperaban con impaciencia el reparto del tesoro, lisonjeándose de haber hecho la fortuna de toda su vida. ¡Doradas ilusiones que se desvanecieron con la rapidez de un delicioso ensueño! Separado el quinto de la corona, se mandó apartar igual parte para Cortés, como le tocaba, segun estaba dispuesto por el Ayuntamiento de Veracruz, al nombrarle capitán general y justicia mayor. Otra cantidad se tomó para indemnizarle de los gastos hechos en Cuba cuando dispuso la flota; y se apartó, con el mismo objeto, la suma que habia puesto el gobernador Velazquez, á fin de enviársela en la primera oportunidad. No tenian menos derecho á entrar en el reparto los soldados que habian quedado de guarnicion en la Villa Rica, pues guardaban la espalda á sus compañeros de Méjico. Los oficiales fueron recompensados segun la graduacion que tenian: los individuos de caballería, en consideracion á que habian gastado cerca de mil duros en comprar el caballo en la Habana, recibieron proporcionado al desembolso que habian hecho: los arcabuceros recibieron paga doble, y lo mismo cobraron los ballesteros. Quedaron en último lugar los soldados de espada y rodela, á los cuales solo les tocó cien pesos á cada uno; cantidad insignificante que